

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

FOURIER, UN RADICAL EXTRAVAGANTE

El reverso indispensable de la concepción espiritual tolstoiana quizá pudiera ser la del Charles Fourier y su *Voluptuosidad subversiva*.

Autor de una revolución singular, *La armonía pasional en un mundo nuevo* integra el movimiento, que la academia clasifica como “socialismo utópico”, una obra extensa y prolifera, sin duda excéntrica y, en consecuencia, sugerente y muy viva.

Entre los inventores de sociedades perfectas del siglo XIX —una rama ideológica y política de la ficción no menos fecunda que la literatura— no hay nadie comparable a Charles Fourier en su desmesurada ambición de transformar de raíz la sociedad y el individuo, creando un sistema que, por su flexibilidad y sutileza, fuera capaz de integrar de manera armoniosa la casi infinita diversidad humana y de diseñar un mundo en el que no sólo cesara la explotación, desapareciera la pobreza y reinara la justicia, sino sobre todo, en el que hombres y mujeres fueran felices y pudieran gozar de la vida. Todavía hoy, ciento setenta y cinco años después de su muerte, es mucho lo que se ignora de su vida y de su obra.⁵⁹¹

El dictamen y la invitación de Vargas Llosa llevarán de nuevo la mirada a esa ópera impar, que despertó la veneración de los “barricadistas” parisinos del 68. Ha sido poco estudiada entre nosotros, y el ángulo jurídico-político, descuidado a favor del análisis economicista de sus fantásticas propuestas. En ella también hay la rebelión individualista, la insumisión, que sólo excepcionalmente se asume sin vacilación ante realidades opresivas, primer paso en un camino incierto, tal como el que emprendieron Gauguin, Grillparzer, Goya, Berlioz, Herzen, Novalis, Schlegel, Tórculo y otros aquí reseñados, incluidos los tratadistas universitarios europeos y americanos.

⁵⁹¹ Vargas Llosa, Mario, “Notas introductorias”, traducción de J. L. Capieto, en *El falansterio. Textos seleccionados*, Buenos Aires, Godot, 2008.

Brilla Fourier con fulgores coloridos, raro astro de la constelación de los “soñadores sublimes” que dijo Stendhal, estrella que deslumbraría a Marx y a Engels.

“El pensamiento de Fourier, antiacadémico, torrencial, confuso a veces, y de un inconformismo que lindaba en ciertos momentos con la extravagancia y la locura, es difícil de sintetizar y de asimilar a la corrección política, por lo que, sigue encarnado todavía en nuestros días, ese *ecart absolut* (apartamento o distancia total) que él se jactaba de representar”.⁵⁹² Agrega el autor de *Conversación en la Catedral*: “Creyó ser un nuevo Newton al descubrir la ley primera y fundamental de la vida, a la que llamó la Ley de la Atracción o de las Series Apasionadas, piedra miliar de la reacción utópica de la sociedad...”.

Se ha dicho aquí, arriba y a propósito de H. Marcuse,⁵⁹³ que era preciso, en las cuestiones de la liberación humana, soldar la revolución marxista con los hallazgos freudianos, que fue el propósito del viejo profesor de Columbia y Stanford. Pues bien: Fourier es una manera de mirar las patologías y sociales aunadas, integrando el mismo problema y requiriendo soluciones de los dos campos del conocimiento en una síntesis conceptual.

Dice Vargas Llosa que

le gustaba compararse con esos juiciosos navegantes, Vasco da Gama y Colón, que comprendieron que para abrir nuevas vías y nuevos continentes era preciso aventurarse por mares por donde nadie había osado navegar. Nunca fue ateo ni agnóstico sino un riguroso creyente en la existencia de un Ser Supremo, una divinidad que había elaborado un cuidadoso plan para hacer posible la dicha humana, pero que, hasta Fourier, los hombres habían sido tan ciegos, estúpidos u ociosos para no descubrir o aplicar. Él fue el predestinado mortal a quien cupo desvelar por fin el programa trascendente que haría de la Tierra un paraíso.

Decía:

Antes de mí, la humanidad perdió muchos miles de años en luchar locamente contra la Naturaleza; yo fui el primero en ceder ante ella, estudiando la Atracción, órgano de sus decretos. Ella se dignó entonces sonreír al único mortal que le había echado incienso. Y me libró todos sus secretos. *Poseedor del libro de los destinos, yo vengo a disipar las tinieblas políticas y morales y sobre las ruinas de las ciencias inciertas, llevo la Teoría de la Armonía Universal.*

⁵⁹² *Ibidem*, p. 12.

⁵⁹³ *Vid. ut. supra.*

Se trata, pues, de una “revelación”, análoga a la de Rousseau camino de Vincennes.⁵⁹⁴ Es también un camino de Damasco, con su luz cegadora y definitiva. Hay asimismo una hermenéutica, como en Pablo, al alcance solamente del Profeta de la Armonía. Después él construirá una suerte de francmasonería poblada de símbolos, y propondrá una revolución radical extrema sólo comparable (según él) con la de la aparición del cristianismo.

La desmesura, se ve, es el sello original y distintivo de su hazaña literaria y de su “compromiso social”, o lo que él tomó por tal y que se harían legendarios. A veces parece haber perdido el juicio, y sus abstrusos y arbitrarios cálculos numéricos más se acercan a un excéntrico esoterismo que a la economía y la política, aun cuando éstas sean, también, excentricidades nuestras, pero socialmente presentables, académicamente solventes y económicamente rentables; lo de Fourier, francamente, no lo fue.

No hay otro utopista —dice Vargas Llosa— en la vasta tradición de inventores y visionarios de sociedades perfectas, que se esforzara tanto como Fourier en concebir un modelo de convivencia que permitiera coexistir sin represiones ni exclusiones todas las innumerables variedades de tipos y psicologías, sueños, deseos, manías y anomalías que caracterizan la fauna humana.⁵⁹⁵

Fourier —sostiene Debout-Oleskiewicz—⁵⁹⁶ dramatiza las manías ocultas y los “gustos inmorales”; los hace jugar entre sí y empuja más allá del exterior circundante sus excavaciones del fondo oscuro de un mundo inexplorado; es el primer experto de los movimientos desviados, de las pasiones soterradas, tanto más nocivos cuanto que permanecen inconscientes. Hace hablar a lo que siempre fue mudo, deja al descubierto lo que cada quien encubre y, de sus propias fantasías, dibuja “exteriores”, las escenas de Armonía.

Según la sentencia de Stendhal, se necesitaba que transcurrieran unos veinte años para reconocer en alguno el rango de soñador sublime. Se necesitó —agrega Debou-Oleszkiewicz— mucho más para comprender que esos sueños sublimes transmutaban los valores y descubrían las fuentes y las raíces de un nuevo orden, mientras que los socialistas doctrinarios sólo sabían aderezar los viejos preceptos con nuevos nombres: humanidad, progreso social, justicia. La clave de la historia no es, pues, como en Marx, el conocimiento de los puros fenómenos materiales, de las profundidades de

⁵⁹⁴ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, cit.

⁵⁹⁵ Vargas Llosa, *op. cit.*, pp. 14 y 15.

⁵⁹⁶ Debout-Oleskiewicz, Simone, *Paleografía*, notas e introducción al manuscrito inédito de *El nuevo mundo amoroso de Ch. Fourier*, traducción de Soler y Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1972, pp. IX-XCVIII.

la economía, es decir, de las relaciones de los hombres en el trabajo, sino el saber de la vida afectiva de los grupos.

La transformación necesaria de las estructuras económicas no conduce a la revolución total si no se sabe recrear las condiciones morales y psicológicas. La comprensión de esta dimensión vertical, de la historia de los cimientos pasionales del movimiento social, lleva a Fourier a las regiones más sombrías de la afectividad individual. La improbable reunión de los pensamientos de Marx y de Freud, de dos de las más grandes revoluciones del pensamiento y de la praxis moderna, la prefiguró por adelantado Fourier el utopista, cuando esboza la unión del análisis y de la síntesis de las pasiones y las relaciones de trabajo. Con él se entrevé el punto de encuentro de dos aspiraciones diferentes, la unidad de la organización económica y la liberación del deseo (y de esos “desordenados” deseos de los que Rousseau también y primero, se ocupó en el *Discurso sobre la desigualdad*).⁵⁹⁷ “Diseña caminos de un mundo sin trabas que ni Freud ni Marx osaron imaginar”,⁵⁹⁸ y los diseña a lo largo de una vida sobresaltada y gris, monótona y mediocre: agente viajero, empleado de oficina, comisionista,

pero aminado —dice Vargas Llosa— por una curiosidad universal que recuerda la de los grandes humanistas del Renacimiento, hacia todos los dominios y disciplinas del quehacer humano, a los que, según su teoría, vinculaba en un todo unitario la secreta ley de la atracción. Esta teoría lo abarca todo: la arquitectura, la gastronomía, la agricultura, la educación, la música, la logística militar, la astronomía, la matemática, la analogía, todas las pasiones humanas, el sexo y el amor, disciplinas sobre las que Fourier meditó, escribió, en las que creyó encontrar vetas secretas y afinadas que las emparentaban y sobre las que legisló, a veces de manera disparatada y aburrida y, a veces como en el caso del sexo, con una penetración y lucidez que anticipan en más de medio siglo los revolucionarios descubrimientos de Freud.⁵⁹⁹

A diferencia de otros revolucionarios decimonónicos, Fourier odiaba la violencia. Vargas Llosa lo atribuye a haber vivido en carne propia el terror jacobino de 1793 y también —aventuramos— por su decepción ante las revueltas a que dio origen la restauración borbónica y orleanista, decepcionantes y retrógradas, sostenidas desde el exterior y repudiantes del legado revolucionario, fracaso sin el cual no se explicaría cabalmente la obra de Fourier.⁶⁰⁰

⁵⁹⁷ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

⁵⁹⁸ Debout, *op. cit.*, p. XII.

⁵⁹⁹ Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁰⁰ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.*

La solución no violenta la encontraría Fourier en la constitución progresiva de falansterios —que (dice Vargas Llosa)— llamó también falanges, remolinos o tribus, pequeñas unidades de trescientas a cuatrocientas familias, mil ochocientas personas, que reemplazarían a la familia como la institución básica de la organización social.

El Falansterio no obedecía a un patrón único, que se reproduciría sin término. Todo lo contrario: serían funcionales y diversos, en razón de las afinidades y denominadores comunes de las psicologías, idiosincrasias, vocaciones y aptitudes de sus miembros —los Seres de Grupos según su nomenclatura— de manera que cada falansteriano se sintiera en su Falansterio en un medio ambiente estimulante, grato, afín, por la comunidad de intereses, rasgos y ambiciones con los restantes, lo que convertiría el trabajo en una diversión y un placer, dueño siempre de su libertad, pues el ingreso o retiro del Falansterio estarían siempre librados a su soberana libertad.

El experimento, a falta de mecenazgo, nunca se efectuó, y Vargas Llosa supone que hubiera sido, de todos modos, un fiasco anárquico o una inmensa cárcel represora. ¿Quién puede saberlo?

Michel-Antoine Burnier ha visto a Fourier desde la óptica que del 68 tuvo el semanario *Actual*, y justo es decir que logró con ello una mejor aproximación, una cercanía contemporánea con el falansterista mayor.⁶⁰¹

Su padre era un comerciante de tejidos, su madre una tal señorita Muguet; áspero y engolado como notario de pueblo, sofocado por su alta corbata blanca, Charles Fourier no refleja en su semblante la calidad de sus pensamientos: Y, sin embargo sabemos que bajo su amplia frente se agita todo un mundo de amargas y alegrías, una soberbia cosmogonía en la que un “antileón” de afectuosa y peluda pata se codea con un cornudo, un chapucero arruinado, unas jovencitas peripuestas y diminutas hordas dedicadas a trabajos repugnantes.

La peripecia de Fourier en los años más violentos de la Revolución, acechada y combatida dentro y fuera de las fronteras francesas, es una serie de descabros y peligros, inclusive el muy real de la guillotina cuando la Convención lo emprisionó. Durante tres años tuvo que servir en el Octavo Regimiento de Cazadores Montados, al cabo de los cuales propuso al Directorio diversos planes de modernización sobre una serie de temas sociales que, por supuesto, cayeron en oídos sordos. Su pregunta decepcionada: “¿Cómo es

⁶⁰¹ Burnier, Michel-Antoine, *Conversaciones con los radicales*, Barcelona, Kairos, 1975, pp. 159-173.

posible imponer por la violencia una sociedad sin violencia, sin represión?" lo acompañaría desde entonces, resonando incesante en su cabeza.

Fourier se acomodó a una vida doble: vendía paños de puerta en puerta, se ajustaba a los horarios del trabajo y, al mismo tiempo, soñaba, con precisión y sin descanso en la sociedad futura. Visionario, pero no teórico, quería que sus escritos fueran prácticos: el lujo de detalles con que describió el Falansterio es una clara demostración de que se trata de un reportaje sobre un ente imaginario y no un proyecto político: se trata, en realidad, de una pequeña revolución cultural.⁶⁰²

En la teoría de la armonía universal está todo, como dice Vargas Llosa,⁶⁰³ Burnier agrega: "está todo e incluso un poco más, una buena dosis de conformismo y luego la creencia de que aun en la nueva sociedad habrá ricos y pobres y reyes".

Al final del régimen de Luis Felipe ya cuenta Fourier con una pequeña corte de admiradores, trasmutados en "discípulos" suyos, que pronto le serían infieles, ahuyentados por la pública y notoria lubricidad del líder y su voluntad incontenible de explosión sexual; en sus funerales se liaron a golpes "místicos" contra "laicos", en patente contradicción con las enseñanzas del pacífico no violento interfecto, al que llamaban "Maestro" sin sombra de pudor ninguno.

La semilla, sin embargo, no murió; durante más de medio siglo fueron naciendo falansterios en diversos lugares, falansterios que Fourier seguramente hubiera considerado poco audaces. En Rumanía, una comuna de cuatrocientas familias se resistió a ser aniquilada con las armas en la mano. Entre 1845 y 1860, de Massachusetts a Wisconsin, una treintena de experiencias comunitarias se esparcieron por Estados Unidos. La tradición se mantiene hasta la Comuna de París, antes de que los plúmbeos homenajes del "socialismo científico" la convirtieran en la "ingenua" imagen de un santoral prerrevolucionario confeccionado por los marxistas a su entera conveniencia.

Hay un grupo de personas en una ciudad cerca de Chicago. Viven en un gueto "estudiantil" aun cuando ya no vayan a la escuela. Viven en una comuna, arreglo por medio del cual las personas que la componen toman decisiones conjuntas y hacen cosas juntas con el fin de avanzar sus metas sociales y políticas. En esta casa las decisiones las toman todos en conjunto y el trabajo y el dinero se dividen de acuerdo con las decisiones. Las pose-

⁶⁰² *Ibidem*, p. 160.

⁶⁰³ *Idem*.

siones son comunes, se utilizan conforme se necesitan o se van rotando. Los conocimientos se aplican en la casa, entre las otras comunas de la ciudad o en el vecindario, en lugar de emplearlos en un trabajo para ganancia de otros. Las personas que viven en la casa hablan constantemente. Primero se discuten los problemas de la casa, pero no termina todo ahí. Los temas varían desde viajes improbables, juegos sexuales, evasión del trabajo sucio hasta cómo poner a la comunidad en estado de alerta para que comprendan la necesidad de un cambio radical. Se les considera de naturaleza tanto intelectual como política: no se descuida ninguna de las dos. El ambiente de unidad impide que la crítica se convierta en cirugía. La gente habla y actúa porque comparte la casa en igualdad de condiciones, así como sus proyectos personales y porque quieren desempeñar un papel. La competencia se lleva al mínimo, no permitiendo que ninguna persona tenga tanto que los otros dependían de ella, bajando, además, los humos de los sabelotodo. Saben que el pelo largo no garantiza nada y que el vivir juntos tiene que ser algo más que un olvido cósmico de los problemas de aquí. Estas personas se han salido sólo para volver a entrar, pero en esta ocasión comprometidos a efectuar un cambio radical. Están tratando de vivir vidas basadas en la franqueza, en el compartir y en la alegría de vivir, están tratando de formar “instituciones” en apoyo de estos valores: cartas circulares, escuelas libres, fondos para fianzas de desobedientes civiles. Tratan de construir una zona liberada que obedezca leyes acordadas por la comunidad y que resista las leyes y los decretos que a los ciudadanos les perezcan opresivos o reaccionarios... Las comunas pueden ser divertidas. Pueden ahorrar dinero, funcionar como centros de aprendizaje, dar un sentido de finalidad a los esfuerzos personales, brindar la energía de la solidaridad, para nuevos proyectos y actuar como piedras angulares para una comunidad y puentes para las viejas congregaciones que quieran emularlas. Una caminata por las calles sugiere cien proyectos que son algo más que “viajes” privados: Parque del Pueblo, escuelas en que la gente pueda enseñar y aprender, tocadas gratis, guardería gratuitas, sindicatos de inquilinos, grupos de apoyo a huelgas, patrullas callejeras para vigilar a la policía, desarrollo de redes comunitarias para unificar esfuerzos, cartas noticiosas, fondos para defensa legal, colectivos de abogados y de médicos, asesoría sobre abortos y temas conexos, campañas contra ecodelinquentes, bodegas de reciclaje y recirculación... Hay muchas cosas que deben hacerse. Sólo se necesita hacerlas.⁶⁰⁴

Lo de Fourier era otra aspiración, infinitamente más ambiciosa que la de una fuga comunal y de una sustracción personal relativa: la fórmula fue

⁶⁰⁴ Peck, Abe, “Las comunas”, en Goward, Mel y King Forcade, Thomas, rdo. (comps.), *Libro de lectura clandestina*, traducción de M. A. Reyes de Baroco, México, Extemporáneos, 1973, pp. 328-341.

l'écart absolu la ruptura o marginación absolutas con y del orden social y moral prevaeciente.

Ya Subirats y Gras⁶⁰⁵ han explicado que el *écart absolu* constituye para Fourier la premisa de toda invención; es abandonar, desasearse, apartarse de todas las ciencias conocidas, hacer abstracción de todo; una “separación absoluta de todo”, incluido el orden jurídico y la obediencia a la ley, no como moción parentética, sino deducida de la propia lógica de su sistema.

Una noción primordial es “la pasión”; Fourier “pensaba que los seres humanos están dotados de doce “pasiones” básicas de los cinco sentidos; las de la amistad, el amor, la familia y la ambición; la pasión “cabalística” por la intriga, la pasión “voluble” o moriposeante por la variedad, y la pasión “compuesta” de combinar los placeres físicos con los mentales. En circunstancias ideales, la decimotercera pasión, la de la “armonía”, unificaría las otras. El temperamento de cada individuo está determinado por infinitas combinaciones diferentes de las pasiones dominantes; pero en la civilización las pasiones se frustran o se pervierten por malas instituciones, como el matrimonio y el comercio, al que Fourier, desde niño, juró un odio eterno; del matrimonio no dijo tal; simplemente lo rechazó para sí, incorregible solterón.⁶⁰⁶

En 1799 en Marsella, fue testigo y protagonista involuntario —relata Vargas Llosa— de un hecho que lo horrorizó. Por orden de los jefes de la firma en la que trabajaba, debió participar en la destrucción de un cargamento de arroz que sus patrones habían dejado pudrirse para impedir que cayeran los precios. Que por razones especulativas se procediera así, en un mundo donde millares de familias se morían de hambre, afectó profundamente el espíritu de este hombre sensible y atizó su búsqueda de fórmulas para crear una sociedad diferente, no envilecida por el espíritu y el afán de lucro.⁶⁰⁷

El desprecio, que puede ser peor que la indiferencia de doctos y legos, no lo arredró, aunque lo sumió en depresión creativa, que superó a fin de proseguir su obra, peligrosa y provocadora; tanto lo era que *Le nouveaux mondes amoureux* fue escondido por Considerant al considerarlo comprometedor a causa de la permisividad sexual que predica, y no logró ver la luz hasta

⁶⁰⁵ Subirats, Eduardo y Gras, Menene, “La voluptuosidad subversiva”, prólogo a Fourier, Charles, *La armonía pasional del Nuevo Mundo*, traducción y selección de Gras, Madrid, Taurus, 1973.

⁶⁰⁶ Barnes, Jonathan, “Fourier”, entrada de la *Enciclopedia del pensamiento político*, traducción de M. T. Casado de Rodríguez Madrid, Alianza Editorial, 1989, pp. 208-210.

⁶⁰⁷ Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 20.

1967, en la víspera del mayo juvenil,⁶⁰⁸ rezumando la vena cínica y generosa de un Diderot y la actividad crítica y el movimiento del pensamiento del siglo XVIII.⁶⁰⁹

Para Engels, sólo los filisteos podían dejar de advertir la genialidad de los chispazos de Fourier sobre el movimiento social. Esos filisteos encubiertos eran sus discípulos “ortodoxos”, reunidos alrededor del más conocido de ellos: Víctor Considerat, “gente de buena sociedad y, con harta frecuencia, de formación científica, que se esforzaban en poner por delante el lado económico de la doctrina y casi no veían en ella nada más que un jalón de la reflexión social. La intensidad de la pasión, la intrepidez de Fourier, su falta de respeto radical les chocaban. Llegaron a juzgarlo con aspereza”.⁶¹⁰

Fourier fue en parte responsable de la tergiversación de su pensamiento más radical al haber confiado el legado al timorato politécnico Considerant, no habiendo hallado mejor salida al cisma que veía venir, medroso heredero que aprovechó la desesperación del maestro ante el fracaso del proyecto en las postrimerías de su vida. Los discípulos “disidentes” se opusieron a la “modificación” de su discurso y le exigieron a madame Vigoreux que regresara al acervo general los cuadernos 50 a 54, que contienen el manuscrito de *El nuevo mundo amoroso*. Actualmente está depositado en los Archives Nationales, en París.

Del examen de los impresos póstumos, éste fue expurgado de todo lo referente al sexo en Armonía, a pesar de la insistencia surrealista por recuperarlo íntegramente, sin censura alguna. Breton habría de ungirlo poéticamente en su “Oda” mucho tiempo después. ¿Habrán charlado, en el refugio mexicano de Trotsky de Coyoacán, Diego Rivera y el multidesterrado bolchevique con Breton acerca de la vida y la obra de Fourier el insumiso, tal y como ellos lo eran y se consideraban orgullosamente “a mucha honra”?

El nuevo mundo amoroso, en opinión de Debout-Oleszkiewicz, es el desarrollo último del pensamiento de Fourier; él mismo intituló: “4a. parte, síntesis final”.

Forzando “las barreras del silencio y de la mala fe”, aborda abiertamente el safismo, la pederastia y el incesto, lo que le valió la condena por “amoralismo demente” de parte de hipócritas de toda laya, eclesiásticos o no. “Se separa de los demás para asegurar mejor la misión de la que se cree investido”. “En sus cuadernos —agrega Debout— expresa todo lo que lo separa de sus contemporáneos... Se aísla con tanta mayor facilidad de sus

⁶⁰⁸ Paleografiado y anotado por Debout-Oleszkiewicz, Simone, *op. cit.*, del que nos hemos servido aquí.

⁶⁰⁹ Debout, *op. cit.*, p. IX.

⁶¹⁰ *Ibidem*, pp. XVI y XVII.

prójimos cuanto que se dirige al mundo. Su candor audaz le da el fulgurante poder que rompe las fronteras y los límites del tiempo: la virtud de un pensamiento cosmopolita”.⁶¹¹

La sociedad, en consecuencia con la teoría de las pasiones, no es la yuxtaposición de meras conciencias aisladas, sino un inframundo en el que se cruzan las intenciones, un sistema vivo de cambios. Desde lo más íntimo de uno mismo, cada quien ofrece hacia el exterior y hacia el prójimo. “Si el amor es la pasión de la sinrazón, es también la más poderosa de las pasiones, totalmente divina, que nos identifica con Dios”.

“Se trataba —explica Debout— de comprender sus múltiples variantes y de abrirles todas las oportunidades. La amplificación deliberada del erotismo se vuelve en una visión de largo alcance: hace retroceder las fronteras de lo conocido, sacude las barreras de la censura y franquea los límites de lo permitido”.⁶¹²

En consecuencia con el repudio generalizado del romanticismo a la fría “razón razonadora” de la Ilustración enciclopedista y conectando con Rousseau, establece su propio punto de partida:

“Extraviados en el abismo de las tinieblas civilizadas, no podemos fiarnos de la sola razón, pues ésta no conduce a nada”. En contraste, el amor abre al prójimo y realiza sus deseos más íntimos; es la virtud misma, es decir, el arte de formar y multiplicar los vínculos sociales, pero cumple también lo que cada quien tiene por costumbre reprimir u ocultar. Ya en la *Théorie des quatre mouvements* Fourier —afirma Debout— soñó con un culto a la voluptuosidad que animara los áridos preceptos de la cuenca. Aquí descubre la soberanía del amor. No se trata únicamente de dar vida a los antiguos cultos pansexuales, sino de reunir a los hombres con el poder divino. Elevando al más alto grado la embriaguez de los sentidos y del alma, el amor es capaz de proporcionar el germen de una religión *identificada* con Dios, bien distinta de las religiones “civilizadas”, que sólo son culto de esperanza en Dios. El más poderoso agente de los conciliadores pasionales, el amor, une a los diferentes y aun a los antipáticos, al alma y al cuerpo. Lejos de dar privilegios a una espiritualidad aparte, la religión de Armonía nace —sostiene Debout— de las cosas terrestres, de su exaltación, comenzando con el alimento y la sexualidad, pero a pesar de la importancia de la nutrición, el amor es el foco axial, ligado por lo demás con los placeres de la mesa (lo que lleva a recordar que una de sus hermanas casó con Brillat-Savarin).

La necesidad sexual puede ser tan exigente como el hambre y la sed, lo que prueba su fuerza irreprimible. Sólo bajo la bandera de los economicis-

⁶¹¹ *Ibidem*, p. XXIV.

⁶¹² *Ibidem*, p. XXX.

tas el amor capitula ante las riquezas. El deseo —concluye Debout— es el único trampolín para (saltar) llegar al ser y a la libertad. Heredero legítimo del siglo XVIII, Fourier sostiene la primacía de nuestra naturaleza pasional: su originalidad —opina Debaut— consistió en no verla como mero dato. Conocer los impulsos de nuestra alma no consiste en describir un dato, sino adentrarse en su sentido, descubrir a la vez su dirección y su verdad. Los hombres no tienen instintos inmutables como los animales; deben inventar sus fines. Las propias cosas naturales no tienen esencia fija, y el hombre pasional no es un mero espectador; lleva a cabo una evolución que se convertirá en revolución total si sabe finalmente rechazar las reglas mortificantes y liberarse de las prohibiciones. “El cielo quiere que nos ayudemos de palabra y obra, que a los esfuerzos del trabajo añadamos los esfuerzos de la inventiva para descubrir nuestro destino societario. Si no, los propios progresos industriales se convierten en gérmenes de el esgurcia”.

Dijo Fourier:

“J. J. Rousseau uno de los más hábiles pintores del amor, se complacía en soñar amores más depurados que los existentes en civilización. Pero no se puede elevar el sentimiento al grado trascendente más que con la plena satisfacción de lo material”. Las privaciones y la continencia no resuelven las contradicciones, reducen la existencia. “Sin duda —diría de buena gana Fourier citando a Lichtenberg—⁶¹³ por ello se pinta un cero sobre la cabeza de los santos”.

Si toda pasión obstruida produce su contrapasión, tan malhechora como la pasión natural habría sido bienhechora, es necesario prevenir toda frustración inútil. La unidad y la variedad del universo exigen transiciones; la complejidad y la ambigüedad de los seres son necesarias a los encuentros. Abnegación, virtud o voluptuosidad son siempre —al decir de Debout— placeres refinados para este insólito epicúreo, acuerdos de alta transición, el juego de una pasión que sale de sus usos y prepara el paso al *uniteísmo*, acuerdo omnímodo y objetivo unitario entre Dios y el hombre, objeto de todas las utopías de los sofistas modernos.

Samuel Butler (1835-1902), autor de *The Way of all Flesh*, uno de los grandes clásicos británicos y una de las cimas de la perfección humana, según G. Bernard Shaw, dejó dicho en esa novela peculiarísima:

El placer, al fin y al cabo, es guía más segura que la rectitud o el deber. Porque, por difícil que sea saber lo que nos da placer, el deber y lo que es recto son más difíciles aún de distinguir, y si nos va mal con ellos caeremos en una situación tan triste como si nos equivocamos en cuanto a nuestro placer.

⁶¹³ Carrillo Prieto, *Cuestiones jurídico políticas...*, cit. (el capítulo dedicado a Lichtenberg).

Cuando los hombres se queman los dedos por perseguir al placer descubren su error y ven cómo se los han equivocado más fácilmente que cuando se los han quemado por ir detrás de un deber imaginario o de una idea imaginaria acerca de la recta virtud. De hecho, el diablo cuando se viste de ropa de ángel sólo puede ser descubierto por expertos de habilidad excepcional, y tan a menudo adopta este disfraz, que apenas si está libre de riesgos el ser visto siquiera hablando con un ángel, y la gente prudente se irá detrás del placer como una guía más familiar pero mucho más respetable —y bien mirado— más digna de confianza.⁶¹⁴

Así pues, y de acuerdo con Fourier, no es posible disimular ni mucho menos ocultar para siempre la constatación ineludible: el hombre es un “perverso polimorfo” desde su infancia. Ninguna normalidad supuesta podría limitar las posibilidades eróticas del cuerpo. Freud vendrá más tarde a fundamentar el aserto con otros medios tan revolucionarios, aunque menos teatralizados, que los de Fourier.

“La osadía del discurso de Fourier es comparable sólo al de Sade, pero actúa en sentido contrario. Sade era casi contemporáneo de Fourier quien, desde luego, conocía su obra la cual, por lo demás, pretende comprender y sobrepasar”. Pero los extremos se tocan, y quizá los excesos inversos de Fourier y de Sade se reúnan en el rechazo absoluto de todos los compromisos de toda resignación al simple curso de las cosas.

“No obstante ello, los recorridos de Sade y Fourier divergen enteramente: el uno sueña con muertes y el otro concierta a vida”.⁶¹⁵ Si Sade afirmó que el reino de las leyes es vicioso, inferior a la anarquía, era que veía congelarse el espíritu del impulso revolucionario y el retorno al orden legal. Incita a perpetuar la insurrección, y ésta es la que Fourier retoma unos diez años después, rehaciendo en sueños la Revolución. A partir de la filosofía del siglo XVIII, la acción revolucionaria abre una brecha profunda por la que ya puede pasar el ariete de un pensamiento salvaje y poderoso.

Pero la civilización se defiende eficazmente y cuenta con los vesánicos “perros guardianes” nizánicos que la defienden y la ponen fuera del alcance de aquellas armas letales.

Explican Subirats y Gras que el orden societario de Fourier no se basa en una distribución igual de la riqueza en el sentido marxista.

La actualidad de Fourier —afirman los profesores catalanes— “reside más bien en *su noción de riqueza y de miseria*. Una noción que encierra por sí sola una nueva dimensión de las posibilidades históricas de emancipación...

⁶¹⁴ Butler, Samuel, *The Way of all Flesh*, traducción de Máximo Ibáñez, *El camino de toda carne*, Buenos Aires, Emecé, 1944, p. 102.

⁶¹⁵ Debout-Olesdiewicz, Simone, *op. cit.*, pp. LXVIII y LXIX.

La riqueza del nuevo mundo amoroso se define en función de la cantidad de pasiones. *La miseria* que la civilización extiende de un modo permanente no viene dada en primer lugar por los límites intrínsecos de un modo de producción determinado, por la irracionalidad de un sistema económico, sino porque este sistema ahoga siempre los gestos de un desarrollo posible de las pasiones bajo las exigencias de la producción. Su miseria consiste en concebir la riqueza en términos de valor de uso.

Si lo que caracteriza al capitalismo moderno es la función infraestructural del Estado, centrado en la compensación y regulación de las disfunciones del desarrollo de la producción y en el sorteo de los conflictos que amenacen la integridad del sistema, no existe entonces dimensión emancipadora alguna inherente al desarrollo de las fuerzas productivas y, por consiguiente, en el trabajo. Es más bien la riqueza pulsional y no las posibilidades de desarrollo de la producción la que no puede ser asimilada por la sociedad fundada en la síntesis del trabajo y la represión, de los intereses materiales y de la moral; es más bien respecto al desarrollo posible de las pasiones, no considerado como una esfera susceptible de consumo, de reintegración al universo de la mercancía, sino como energía libidinal creadora de un mundo real. Si se pone en tela de juicio la dimensión socialmente trasgresora del deseo en el marco de la sociedad represiva moderna, paradójicamente calificada de consumista, es porque sólo se lo concibe *bajo su forma miserable de consumo*, de destrucción, de relación negativa de la naturaleza; de ahí que la economía mercantil es el deseo como consumo pasivo del mundo externo que produce la economía política.

Fourier parte —es la interpretación de Subirats y Gras— del otro lado de este deseo; el deseo como transformador de lo real. La combinación de pasiones y la producción de voluptuosidades liquida la hegemonía de la productividad mercantil. Con ellas desaparece la relación indigente del sujeto con la naturaleza y la exterioridad del deseo respecto a su objeto. Es el fin de la inagotable indigencia fáustica.

El trabajo y la reproducción sexual —como lo han mostrado Fourier o Freud— no sólo son las fuentes de la producción y reproducción sociales, sino también y directamente agentes de la ideología. Inversamente, las normas represoras de la cultura adquieren inmediatamente una función económica en la medida en que someten al individuo a la síntesis instintiva de la sexualidad reproductora y de la actividad del trabajo.

El descubrimiento de Fourier y de Freud fue el de la historia como el proceso de la libido reprimida.⁶¹⁶

⁶¹⁶ Subirats y Gras, *op. cit.*, p. 20.

La civilización queda entonces marcada por la indigencia. Añaden los autores del ensayo citado, que

la economía política nunca podrá resolver el problema de la miseria y no por que asuma un sistema irracional de producción, sino porque *ella misma la engendra* en su propia base, porque, su mismo principio de actuación comparte la restricción del deseo.

Las ciencias políticas y morales nunca han hecho nada por la felicidad humana en razón del perfeccionamiento de las ciencias reformadoras. No han llevado más que a perpetuar la indigencia y las perfidias, a reproducir las mismas plagas bajo diversas formas.⁶¹⁷

Hay que advertir, como lo sugieren los ensayistas que hemos seguido arriba inmediatamente, que la moral interviene como introducción de la moderación en el deseo, como censura que distingue las buenas pasiones de las perniciosas, las productivas y las antisociales. Actúa la moral como coerción de la energía libidinal polimorfa allí donde escape a la síntesis impuesta por el orden de la productividad mercantil. Fourier sabe del carácter transgresor del deseo en el orden civilizado; es antisocial por excelencia, pero es en el sistema mercantil donde precisamente adquiere perversidad perniciosa a causa de la represión.

Fourier también entusiasmó a Breton (a quien se debe la pista definitiva que ayudó a rescatar el manuscrito de *El nuevo mundo amoroso*), tanto que llegó a decir de él lo siguiente:

Sus más predispuestos comentaristas e incluso los adeptos más entusiastas a su sistema económico y social, están acordes en deplorar el vagabundeo de la imaginación de Fourier y, al no saber qué hacer para disimular las “extravagancias” en las que se complace, soslayan el aspecto fantástico y divulgador de su pensamiento, con gran frecuencia tan magníficamente gobernado. ¿Cómo explicar en un mismo espíritu la coexistencia de las más eminentes dotes racionales y el gusto por el vaticinio llevado a sus límites extremos? ¿Cómo ha podido satisfacer exigencias contradictorias u opuestas y desconcertar sin embargo a casi todos los que se han acercado a él en la zona donde impera lo incontrolable y lo maravilloso? Querer diluir su mensaje para hacerlo más manejable es traicionarlo, pretendiendo olvidar que en 1818 Fourier proclamó la absoluta necesidad de rehacer el entendimiento humano y olvidar cuanto se ha aprendido.

El *contraste* —primera condición serial del sistema de Fourier que asegura la satisfacción de la pasión mariposante (papillonne)— es la Minerva

⁶¹⁷ *Ibidem*, p. 23.

armada hasta los dientes que se desprende de aquella cabeza donde la hiperculidez y el extremo rigor de la crítica social se alían, en el plano trascendental, a la extrema licencia de la conjetura. Quizá se podría escribir una buena tesis sobre el Fourier humorista y mixtificador. Es indudable que un humor de altísima tensión, puntuado de chispas que servirían a los dos Rousseau (Jean-Jacques y el Aduanero) aureola este faro, uno de los más deslumbrantes que yo conozco, cuya base desafía al tiempo y cuya cumbre roza las nubes.⁶¹⁸

Entre 1840 y 1856 un buen número de socialistas franceses —afirma Jean Servier—⁶¹⁹ encuentran en Fourier, más que en Tomás Moro, la idea tranquilizadora, anclada en el pasado, de que la agricultura debe ser el fundamento de todo sistema de producción, concepción que será retomada más tarde por Kropotkin y por Jaurés. Pecqueur y Proudhon tomaron de Fourier la idea de que la evolución social se lleva a cabo en clave de asociación. Pecqueur extrajo ejemplos para las asociaciones agrícolas, las cooperativas fruteras... El fourerismo conquistó a Witling; a través de él, de los foureristas alemanes y más aun de Pecqueur llegó a Marx y a Engels.

Si se nos preguntara —decía Pecqueur— de quién procedemos, cuál es nuestro origen o filiación, responderíamos: Cristo, Rousseau, la Revolución de 1789, Saint-Simon, Fourier. Fourier por la fase material de la asociación de la solidaridad.

Por otra parte, la obra de Cabet (*Viaje a Icaria*) abre un nuevo campo de acción al pensamiento de Fourier. Estos dos hombres, que mantienen viejos sueños de más de tres siglos, son la base de las tentativas, e incluso de las realizaciones que pretenden ser los módulos de la sociedad futura.

El Falansterio, hoja periódica publicada el primeo de mayo de 1832, preconiza “establecer una primera asociación de doscientas a trescientas familias que alcance resultados suficientemente ventajosos como para provocar una imitación general”. La realización de las ideas foureristas fue tomada en cuenta por Considerant desde 1831; una primera tentativa que abortó en 1832 en Condé-sur-Vergres no desanimó las buenas voluntades, y al año siguiente, en Sedán, una cooperativa obrera no tuvo mejores resultados, en la abadía de Citeaux, de 1841 a 1843.

Sin embargo, la doctrina comunitaria alcanza cierto éxito en Alemania, Londres y Nueva York. Se desarrolló un importante movimiento falansteria-

⁶¹⁸ Breton, André, *Anthologie de l'humour noir*, 1939, traducción de Joaquín Jordá, *Antología del humor negro*, Barcelona, Anagrama, 1972, pp. 53-56.

⁶¹⁹ Servier, Jean, *L'Utopie* (1979), traducción de E. C. Zenzes, *La utopía*, México, FCE, 1982, pp. 75-84.

no que se acercó a diversas corrientes comunitarias de inspiración religiosa: en Palmitar, Brasil, de 1841 a 1846, y en Reunión, cerca de Dallas, Texas, de 1855 a 1857. Desde 1841, y sobre todo a partir de 1843, se constituyen en Estados Unidos aproximadamente sesenta falansterios, nacidos de la acción conducida por Albert Brisbane: Brook Farm, Wisconsin Phalanx y North American Phalanx.

Bajo la dirección de John Humphrey Noyes, los unitarios disidentes crean Oneida, una comunidad que duró treinta y dos años, de 1848 a 1880, y que preconizaba el *complex marriage*, la poligamia, la comunidad de esposas. De las 130 tentativas comunitarias, de las cuales nacieron 236 comunidades en los Estados Unidos y Canadá, sólo las comunidades religiosas tuvieron una vida más larga. Algunas incluso duraron más de un siglo. Tres de ellas existen aún: la comunidad armana, fundada en 1714; los Doukhobors, organizados a mediados del siglo XVIII, y los hutteristas, cuya primera comunidad se fundó en 1825.

Todos estos movimientos recuperan los viejos principios de la asociación y del trabajo atractivo (versus el trabajo “sucio” al que se refirió Fourier) de la solidaridad de intereses, de la acción unitaria y combinada, del sistema de acciones aplicado a la propiedad territorial, de la educación industrial y científica. Se dice que el pintoresco Joseph Smith, fundador de la Iglesia de los Santos del Último Día, sin confesarlo, aplicó concepciones foureristas en el falansterio de la Nueva Jerusalén.

La Asociación Boaburg fue fundada por el reverendo George Ripley; la Comunidad de Mendon, por el reverendo Odin Ballou; la de Northampton, por el presbítero Adams. Difieren en muchos puntos del sistema de Fourier, pero todas aceptan algunos de sus principios: copropiedad de inmuebles y muebles; unidades de interés, comunidad de ciertos servicios. Ésos y otros de hoy son remedos y diluciones del discurso fértil y sugestivo de Fourier, y no hay modo de constatar objetivamente si han sido capaces de constituir una sociedad venturosa “el mundo feliz”, algo por lo menos no opuesto al sueño de Huxley, pues el hermetismo consustancial y el conjunto de intereses que gravitan a su alrededor no lo permiten facialmente.

En el diálogo imaginado, con fundamento sólido, por el semanario francés *Actuel*, Fourier hace frente a las objeciones, casi automáticas, que provoca su propuesta.

Ante la cuestión de la igualdad social:

¿Igualdad? La igualdad es un veneno político. El régimen social es tan incompatible con la igualdad de condiciones como con la uniformidad de caracteres; en todos los sentidos exige la jerarquía progresiva, la mayor variedad posible de funciones y, sobre todo, la reunión de contrastes extremos, como el

del hombre opulento con el hombre pobre, el apasionado con el apático, el joven con el viejo. Hoy, que la razón se ha perfeccionado, los filósofos no hacen más que dar coba al dinero. La verdadera gloria, la verdadera grandeza de una nación es venderles a sus vecinos más calzones que los que se les compra a ellos. Los genios de nuestro tiempo son los que enseñan porqué el azúcar se ha “debilitado” y los jabones han bajado y porqué la cotización ha bajado o subido en la Bolsa. A causa de una disputa sobre azúcar y café fue que Luis y su familia subieron a la guillotina.

En la *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales* (1808),⁶²⁰ Fourier dedica los epílogos de las tres partes de la obra a la “metamorfosis social”, al abandono de la “filosofía moral” y al “caos social” del globo. La elocuencia propia de augures y arúspices, de profetas, agoreros y vaticinadores y oráculos es el sello de estas sorprendentes páginas.

Fourier está convencido retóricamente de su insignificancia mortal, así como de su excepcional clarividencia. El argumento, en el primer epílogo, de una necesaria verdad, hallada al sondear el destino, es innegablemente escolástica:

Si el cálculo de los acontecimientos futuros está fuera del alcance del hombre, ¿de dónde proviene esta manía común a todos los pueblos de querer sondear los destinos cuando el solo nombrarlos hace estremecer de impaciencia al hombre más glacial? ¿Y por qué dios, que no hace nada en vano, nos habría dado este ardiente deseo, si no se le hubiese ocurrido el modo de satisfacerlo algún día? Ese día llegó con Fourier (según Fourier).

Su concepción histórica es asombrosamente egocéntrica:

Ciertamente en la actualidad el presente está repleto de futuro y el exceso de sufrimiento debe conducir a la crisis de la salvación. Al ver la continuidad y la enormidad de las sacudidas políticas, se diría que la naturaleza se esfuerza por quitarse de encima un peso que la oprime: las guerras, las revoluciones inflaman incesantemente todos los puntos del globo; las calamidades, apenas conjuradas, renacen de sus cenizas del mismo modo que las cabezas de la hidra, que se multiplicaban al caer bajo los golpes de Hércules: la paz solo es un cebo, un sueño de breves instantes; la industria se ha convertido en el suplicio de los pueblos desde que *una isla de piratas* obstaculiza las comunicaciones, inhibe los cultivos en los dos continentes y transforma sus talleres en un vivero de mendigos. La ambición colonial ha provocado el nacimiento de un nuevo volcán; el implacable furor de los negros pronto convertirá a América

⁶²⁰ Fourier, Charles, *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales* (1808), traducción de F. Monge (deficiente aquí corregida parcialmente), Barcelona, Barral, 1974).

en un vasto osario y vengará a las razas indígenas mediante el suplicio de los conquistadores que las aniquilaron. El espíritu mercantil (la némesis de Fourier) ha abierto nuevas rutas al crimen; en cada guerra ese espíritu extiende las discordias a los dos hemisferios y pone en el seno de las regiones salvajes escandalosos ejemplos de la codicia civilizada; nuestros navíos recorren los mares tan sólo para asociar a los bárbaros y a los salvajes con nuestros vicios y furores; sí, la civilización se vuelve más odiosa a medida que su caída se aproxima; la Tierra ya no ofrece más que un horroroso caos político.⁶²¹

Salvo el “registro apocalíptico”, el texto es atractivo por la constatación de la depredación capitalista, el vaticinio de la guerra de secesión estadounidense y la denuncia y condena del colonialismo genocida, español, inglés, francés, portugués, holandés... da igual. Fourier, en confesión que le enaltece, a pie de página aclara: “este artículo fue compuesto para acomodarme a las costumbres y usos de 1808, que exigían, en toda obra una bocanada de incienso a Napoleón”. Él arroja la suya y cumple la expectativa. Concluye, sin rubor ni modestia:

“Dios ha dispuesto que los filósofos y científicos ineptos fueran abatidos por un inventor ajeno a las ciencias y que la teoría del movimiento universal fuese descubierta por un hombre casi iletrado” (Fourier mismo). “Y esta no es la primera vez que Dios se sirve del humilde para abatir el orgullo del soberbio y elige al hombre más oscuro para dar al mundo el mensaje más importante”. Ni más ni menos: es lo que Dios ha dispuesto providencialmente. Los extremos se tocan: Fourier y De Maistre ambos atentos a decretos sobrenaturales.

El segundo de aquellos epílogos es cimbrante, y está dirigido a los moralistas y a los filósofos políticos:

No os repugne confesar abiertamente vuestros errores: la vergüenza recae sobre los sabios en masa y sobre ninguno en particular. ¿Creéis que los físicos y literatos podrán evadirse de esta deshonra universal? ¿Acaso no poseían como vosotros, el suficiente buen sentido para percibir y denunciar la absurdidad general? Sí, la absurdidad es general, pues no habéis sabido remediar el desorden social más escandaloso: la pobreza.

Resulta así que Fourier es, además de todo, el primer escritor “comprometido”, en la línea de la secular tradición francesa, que llega hasta Sartre, Camus y Foucault. Elige a Epicuro, de una “secta más tratable” que la de los estoicos, Séneca a la cabeza, para reforzar su tesis volutista:

⁶²¹ *Ibidem*, pp. 134 y 135.

Mientras los rigoristas de la vieja filosofía seducían al pueblo con la práctica de la austeridad y el estudio de las ciencias útiles, otras más tratables se rodeaban de buenas compañías y organizaban camarillas cabalísticas, en las que participaban los ociosos de Grecia... De lo que se deduce que esta boga moral entre los griegos se fundamentó en la superstición de los pequeños y la holganza de los grandes; en una palabra, en las oportunidades que halagaban las pasiones, pero de ningún modo en la influencia de la razón,

afirmación esta última que entre otras muchas coloca a Fourier a mitad del camino que va de la Ilustración al romanticismo.

La “controversia moral”, según Fourier, “lejos de poder moderar las pasiones, se ve reducida a halagar los vicios dominantes, so pena de ser desdeñada; por eso se ha reblandecido notablemente para tratar con los modernos para quienes los rábanos cocidos de Cincinatus ya no son un motivo de honor”.⁶²²

La moral “resulta superflua e impotente para el mecanismo social; bastan la política y la religión para determinar lo que es conveniente en el orden establecido respecto a todas las cuestiones que componen su dominio, como el hurto, el adulterio, etcétera”.

Es imposible no advertir, en los textos de Fourier, su reluctancia hacia el derecho y la ley, confundidos bajo la denominación de no políticos. A lo largo de la *Teoría de los cuatro movimientos* y de *El nuevo mundo amoroso*, no aparece siquiera el vocablo, y ningún plan de su obra considera el problema jurídico como el tema político, que propiamente dicho le merece muy poca atención.

Además de ser condenable por su amoralidad, la economía política “incita el amor a las riquezas y la moral permite el no odiarlas”. Cierra la segunda parte del libro (resuelto en tres) una proclama inverosímil: “Poseedor del Libro de los Destinos, vengo a disipar las tinieblas políticas y morales y sobre las ruinas de las ciencias inciertas, elevo la Teoría de la Armonía Universal y levanto así un movimiento imperecedero”.⁶²³

Europeísta *avant la letre*, anglófobo confeso, Fourier propone una Liga Federal de Europa para abatir el monopolio insular. Y, ¿por qué no?, una Liga Federal Mundial, que debiera haber sido obra de Alejandro I y Napoleón, quienes, evidentemente, carecieron de la perspicacia de Charles, padre de Armonía, “Custodio del Arca del Destino”.

La privatización de los beneficios comerciales y la socialización de las pérdidas mercantiles le resultaban inaceptables en contraste con el neoliberalismo, al que le parecen perfectamente naturales.

⁶²² *Ibidem*, pp. 224-227.

⁶²³ *Ibidem*, p. 231.

El cuerpo de negociantes, al ser depositarios de una porción de la fortuna pública y cada negociante, al usar de sus depósitos, puede arriesgarse a especulaciones aventureras que no tienen más regla que el capricho individual; de ello resultan numerosas equivocaciones y bancarrotas, a consecuencia de las cuales los productores y los que depositan sus capitales soportan las pérdidas de las locas empresas que no han consentido. Para remediar esta injusticia sería preciso someter el cuerpo comercial a una garantía, de tal modo que todo negociante y toda sociedad de empresarios no puedan arriesgar y perder más de lo que poseen.⁶²⁴

La “libre competencia” merece, sencillamente, el calificativo de “ridículo método”, competencia anárquica más bien, según el Profeta:

Autores políticos, que componéis obras sobre los derechos y deberes del hombre, ¿no admitiréis también deberes del cuerpo social? ¿Y no consiste el primero de estos deberes en reprimir a los parásitos que desolan la industria y sólo cimentan su fortuna sobre las plagas que eligen a su patria? Si hubieseis tenido el valor de denunciar tales vicios, no habríais tardado en encontrar su correctivo: la competencia societaria. La Antigüedad, tan a menudo ridícula, fue más sabia que nosotros en cuestión de política comercial; abucheo de un modo franco los vicios mercantiles y execro a estos buitres, esos acaparadores dignos de ser ensalzados por los turiferarios de “la filosofía” moderna, pues es ella la apologista desvergonzada de todas las infamias que conducen a la acumulación del oro.⁶²⁵

⁶²⁴ *Ibidem*, p. 283.

⁶²⁵ *Ibidem*, p. 293. El tercero de los epílogos, “Sobre el caos social del Globo”, denuncia a quienes restringen la felicidad a los hombres civilizados, falacia inadmisibles: “Dios —dice Fourier— en la raza humana sólo ve una misma familia a cuyos beneficios tienen derecho todos sus miembros; quiere que toda ella sea feliz, o de lo contrario, ningún pueblo gozará de felicidad”. Modo más terminante de reprochar el colonialismo europeo no habrá sino otra que no reconozco. No contento con el enunciado general, Fourier recriminaba a sus contemporáneos pretender seducir a los bárbaros y salvajes, “presentándoles vuestras costumbres que se mantienen sólo en virtud de los patibulos y las bayonetas”. Al final de la “Teoría...”, Fourier presagia una vez más: “Reconoced que se ha agotado la paciencia humana y que necesitamos un nuevo orden social para lograr la felicidad; que para unirnos a los designios de Dios necesitamos buscar un orden social aplicable a toda la tierra y o al pedazo de tierra que ocupan los civilizados; que, en fin, necesitamos estudiar los vicios sociales del género humano y no sólo los de la civilización”.

Es el acento de Rousseau; “Arde de un fuego sin remedios, menos rico por lo que posee que pobre por lo que no tiene”. Fourier reclama airado, en la última línea de su libro: “Habéis sofocado la voz de algunos hombres que se inclinaban hacia la sinceridad, Hobbes y Rousseau, y que entreveían en la civilización una contradicción con la Naturaleza”.